

Los bilbaínos pagan hasta un 10% más por vivir en un último piso

La diferencia de precio entre las primeras alturas y las más elevadas oscila entre 6.000 y 60.000 euros

YOLANDA VEIGA ETXEBARRI

Comprar un piso es de las decisiones que más tiempo y dinero requiere. En una ciudad como Bilbao, donde es una quimera acceder a una vivienda nueva por menos de 180.000 euros los factores de ubicación y superficie son determinantes. No obstante, en los últimos años los compradores que buscan una nueva residencia han añadido a su catálogo de exigencias la altura del inmueble.

Según los datos de las principales agencias inmobiliarias, los bilbaínos están dispuestos a desembolsar hasta un 10% más para hacerse con el último piso de un edificio. «Antes tenían mala fama y se les asociaba con las goteras. Ahora, sin embargo, la mentalidad ha cambiado y son los pri-

meros que se agotan», asegura Eva Gómez, comercial de la firma Santa Ana.

En los bloques más baratos, la diferencia de comprar una primera a una segunda altura llega a los 1.500 euros, por lo que hacerse con un sexto supone una inversión extra de 7.500 euros. Y en el caso de las urbanizaciones más elitistas, la diferencia de la planta primera a la última puede dispararse hasta los 60.000 euros.

Luminosos y sin ruidos

«En la calle Astarloa, junto a la Diputación, un primero cuesta 570.000 euros y el último 630.000», explica Pilar Ester, de Inmobiliaria Plaza & Urquijo. A pesar de estas cantidades desorbitadas, los expertos en este tipo de mercado aseguran que en las mejores pro-

mociones, los inmuebles más caros son los primeros que se venden «sea cual sea su precio».

En todos estos casos, los clientes están dispuestos a hacer un esfuerzo económico para disfrutar de un hogar «duminoso y sin ruidos». La opción de recibir luz natural en todas las habitaciones y poder contemplar mejores vistas supone un buen acicate para invertir un poco más de dinero. Además, la última altura está a salvo de las molestias que ocasionan 'los vecinos de arriba' y los inconvenientes de vivir sobre un bar o discoteca o una pescadería. Asimismo, en la mayoría de los casos, las viviendas situadas en las últimas alturas se revalorizan «mucho más» que el resto con el paso del tiempo.

Por todo ello, cuesta mucho más dar salida en el mercado a los pisos más bajos. De hecho, el 60% de las viviendas a la venta en el centro de Bilbao son primeros, que normalmente acaban en manos de gente mayor —por su mejor accesibilidad— o reconvertidos en oficinas y locales comerciales.



LUZ Y VISTAS son el atractivo de los rascacielos. / EL CORREO

SUBIR AL CIELO

Parece que a lo largo de los últimos años se va afirmando la preferencia por los pisos altos y exteriores. La demanda va condicionando la oferta, aunque sólo en cierto modo. Ya apenas se construyen casas en las que una parte de las viviendas sólo tienen ventanas hacia patios interiores. Los arquitectos tratan de hacerlas lo más exterior-

res que pueden y cuando hay patios centrales, tratan de que sean grandes, con el fin de que sean luminosos y te alejen lo bastante de los vecinos de enfrente. Ya no se hacen aquellos patios que eran ahora del chismorreo a la hora de tender la ropa. Esa función social la cumplen ahora algunos políticos.

Sin embargo, los arquitectos

más vanguardistas no han conseguido hacer todavía casas que sólo tengan pisos altos. Pero el mercado es un implacable asignador de recursos y los últimos pisos vienen a salir por un 10% más que los bajos. A medida que se gana en altura, las casas ganan en luz y disminuye la bronca del tráfico rodado y los negocios instalados en los bajos, dicho sea sin segundas inten-

SANTIAGO GONZÁLEZ



ciones.

Es verdad que estas afirmaciones sólo se sostienen desde que en todos los edificios destinados a viviendas se construyen, los ascensores de oficina. Mientras subimos, nos alejamos del mundanal ruido y nos acercamos más a Dios. ¿No ha de valer esta circunstancia 60.000 euros, o más?

Si salvo que te pase lo mismo que al polifacético Woody Allen en la película 'Manhattan': «Mis acciones están a la baja. Ando bajo de dinero contante. No afluye, dicho sea sin segundas inten-

do o hay algo que no fluye... Además, tengo que pasar dinero a mis dos mujeres... Tengo que reducir gastos, ya sabes. Tendré que dejar el apartamento, no podré seguir con las clases de tenis... tendré que pasarles menos dinero a mis padres. Eso va a matar a mi padre. ¿sabes? Ahora no podrá ocupar un buen sitio en la sinagoga. Este año tendrá que sentarse atrás, lejos de Dios, lejos de donde suceden las cosas». Es triste, pero parece que también el cielo está más al alcance de la gente con posibles.